## III.

Tratándose de clásicos griegos fuerza es que el primer nombre que salga de mi pluma sea el de Homero. Los personajes eróticos que mas llaman la atencion en sus poemas, son Páris y Elena, Aquiles y su esclava, Héctor y Andrómaca, Ulises y Penélope.

El amor de Páris y Elena es el amor adúltero y enteramente físico. Páris no tenia otro atractivo mas que su hermosura, y le faltaba aun el valor, esa virtud semi-bárbara admirada de los griegos. Páris es tan célebre por su belleza como por su cobardía: él fué quien huyó delante de Menelao, y quien asesinó traidoramente á Aquiles. Sin embargo, Elena abandona por Páris su patria, sus amigos de infancia, su padre, su esposo, y aun su tierna hija: ella misma lo confiesa con las siguientes palabras:

.....«Ojalá que la muerte
Mas dolorosa preferido hubiera
A mi loca pasion, cuando en la nave
Con Páris vine á Troya, abandonando
El tálamo nupcial y mi familia,
Y mi niña de pecho, y numerosos
Dulces amigos de mi edad primera.» [1]

1 Trad. de Hermosilla que generalmente sigo.

En otra ocasion exclama Elena: «Soy una infame, la autora de mil males, una muger detestable.» [1]

Mas adelante, Menelao se lleva á Elena, sin la menor alteracion moral y como si se tratase de una posesion cualquiera que se recobra á sangre fria, despues de haber vivido ella diez años con Páris.

Aquiles no amó tampoco á su esclava Briseis, sino como una de tantas que entraban al tálamo del vencedor, quien despues de haberla hecho madre la abandonaba á cualquiera de sus compañeros.

Andrómaca es celebérrima por su amor conyugal, y con todo, el pasaje acaso mas patético de la poesía antigua, cual es el adios de Héctor y Andrómaca, no presenta al héroe enternecido sino para con su hijo. Esa misma Andrómaca toleró despues los abrazos de Pirro hijo del matador de su marido, y luego contrae otro enlace con el troyano Eleno. Pero lo que, sobre todo, descubre el verdadero grado del afecto en Andrómaca, es cuando sencillamente confiesa «que amaba y cuidaba mas á los caballos del marido que al marido mismo.»

Penélope es el otro modelo de esposas que presenta la literatura griega, y, sin embargo, su mismo hijo Telémaco la acusa de frialdad respeto á Ulíses, [2] y en otra vez la trata con aspereza:

«Ahora bien, á tu estancia
Sube, madre, á ocuparte en las faenas
De rueca y lanzadera: á las mugeres
Obliga á trabajar; porque el cuidado

1 Od. l. 1.

2 Vease sobre este pasaje las notas de Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo*, corrigiendo la traduccion de Mad. Dacier.



De hablar ante los hombres reunidos
Solo á hombres corresponde.» [1]

Mas explícito es todavia Telémaco con su madre, respecto á los afectos del alma, cuando parte en busca de Ulíses diciendo *«que si llega á saber la muerte del padre, su primer cuidado al volver será elevarle un sepulcro, y hacer tomar á su madre un segundo marido.»*

Esa misma Penélope se encontraba rodeada de pretendientes, pero todos la tratan con despego, ocupándose en comer, beber, jugar é injuriarse mútuamente.

En otros pasajes de Homero se ve con claridad cual era la situacion de sus heroinas respecto á los maridos; el hombre compraba á la muger como una mercancía cualquiera, y quedaba sujeta á los resultados de esa condicion. Adrómaca habia sido comprada «con muchos dones,» y Laertes dió veinte bueyes por la sábia *Euriclea.* [2] Así, pues, los maridos dedicaban sus esposas á hilar, tejer, lavar, traer agua, y moler el grano; pero lo que es mas todavia, y demuestra mejor que la consorte griega estuvo dedicada al completo servicio del hombre, las mugeres cuidaban de desnudar á los varones, llevarlos al baño, perfumarlos y ponerlos en el lecho. [3]

Homero, reproduciendo en el cielo la sociedad humana, nos da idea de como consideraban los helenos la violacion de la fé conyugal, pues cuenta que Vulcano habiendo sorprendido á Vénus y Marte, se niega á librarlos de sus redes hasta que Júpiter devuelva los muchos dones con que le ha comprado

1 Od. 1.

2 Od. 8.

3 Od. 3 y 4.

la hija, y no da libertad á Marte hasta que Neptuno sale garante de que pagará el precio del honor[1].

Supuesto todo lo dicho, y otras circunstancias semejantes que callo para no hacerme difuso es natural, que la falta de delicada sensibilidad en los poemas de Homero, esté reconocida por diversos críticos.

El abate Andrés así lo reconoce en su *Historia de la literatura*, comparando á Homero con Virgilio.

Boileau caracteriza á Homero diciendo que *divierte* pero no que *conmueve*.

«On dirait que pour plaire, instruit par la nature,
Homère ait de Vénus dérobé la ceinture:
Son livre est d'agréments un fertile trésor;
Tout ce qu'il á touché se convertit en or;
Tout reçoit dans ses mains une nouvelle grace:
Partout *il divertit*, et jamais il ne lasse.....»

Voltaire se expresa todavia con mas claridad diciendo: «Homero nunca me ha hecho derramar lágrimas, y para mí el verdadero poeta es el que conmueve el alma y la enternece.»

El sábio César Cantú, en un lugar de su *Historia universal*, asienta estas notables palabras: «No hay pasaje en las poesías de Homero que respire sentimientos de amor,» y en la biografía del mismo poeta agrega: «Homero mezcló siempre el corazon y el estómago, el sentimiento y los apetitos.»

Sea lo que fuere, pudiera replicarse acerca de lo observado sobre Homero, que es un poeta épico, y que la epopeya tiende principalmente á pintar el mundo externo, no á expresar las pasiones.

1 Od. 8.



Suponiendo admisible esta explicacion, (que no lo es) paso á tratar de Anacreonte y Safo, cuyo carácter esencialmente erótico, nadie puede negar.

Anacreonte es precisamente el tipo del amor sensual, así como de todos los placeres materiales, comer, beber, jugar y bailar. Anacreonte fué el cantor voluptuoso que no conoció otra ambicion mas que la de gozar: siempre en la mesa, rodeado de mugeres bellísimas, bebiendo exquisitos vinos de Lesbos y Chio, miéntras que Mnaé y Aglaés entrelazaban flores á su cabello.

Tratando Anacreonte de caracterizar á la muger, solo se fija en la belleza exterior. Oigámosle:

«Naturaleza al toro
Los cuernos quiso darle,
Duros piés al caballo
Con que la tierra bate,
A las tímidas liebres
Correr al viento iguales,
Al leon animoso
Los dientes espantables,
El nadar á los peces,
El volar á las aves,
Y á los hombres prudencia,
Y el ánimo constante:
¿Y á las mugeres nada?
¿Lo que les dió no sabes?
Belleza, la belleza,
Don divino y amable.»[1]

1 Respecto á este autor, y á Teócrito, generalmente sigo la traduccion de Conde.

En la oda 28 hace el retrato de su amada misma, y no hay un solo rasgo para la parte moral; solo llaman su atencion el cabello, las mejillas, los ojos, la nariz y los lábios, concluyendo con estas palabras que nada tienen del supuesto *idealismo:*

.....«Su vestido
Tan delicado y leve
Que su beldad divina
*Descubra* y *trasparente.*»

Aun en edad avanzada se nos presenta Anacreonte como un viejo libidinoso, recordando la muerte solo para exhortarse á aprovechar lo que le queda de vida en placeres sensuales:

«Dícenme las muchachas:
Viejo eres, Anacreon,
Toma el espejo, y mira
Do voló tu cabello,
Que tu cabeza es calva:
Mas yo no cuido de eso,
Si están, ó si se han ido
No sé, tan solo entiendo
Que cual á viejo importa
Gozar de blandos juegos,
Muy mas porque la muerte
Cercana la tenemos.»

Pero sobre todo, en Anacreonte encontramos uno de los mas distinguidos representantes de la poesía sodomítica, uno de los cantores de esa infame costumbre de que ya he hablado.



Ejemplos:

«Cual yo te lo dijere
A Batylo retrata:
Harás resplandecientes
Sus trenzas, rociadas
De preciosas esencias;
Que en ellas sobresalga
En cambiante negrura
Un viso de dorada,
Deslazadas las deja
Cual le ondean y vagan
Por el hermoso cuello.
Su frente delicada
Bellas cejas adornen
Con extremada gracia.
Harás sus ojos negros,
Llenos de dulce llama,
Vivaces, expresivos,
Que rindan sus miradas;
La gravedad de Marte,
La dulzura de Pafia,
Amorosos, y graves,
Que inspiren la esperanza,
Y cuidosos temores.
Las mejillas nevadas
Como purpúreas rosas,
Y cual tiernas manzanas.
Suave y blando bozo
Parezca ya en su barba.
Sea su color todo
El que el pudor retrata.

Sus lábios, y su boca,
¡Ay! yo no sé si alcanza
Mi expresion á decirla,
O tú, mano, á copiarla;
De persuasion la llena,
De agrado y eficacia,
Y por decirlo todo,
Si la pintura basta,
Tan expresiva sea;
Que enlabie cual si hablara.
Harásle de estatura
Muy cumplida y gallarda.
Mas ¡ah! su blanco cuello,
Que ya se me olvidaba,
Cándido como nieve,
Como marfil y plata,
Mas bello que el de Adónis
El que Vénus besaba.
Sus pechos y sus manos
A las de un dios iguala,
..... .....
Envidiosa destreza.
¿Y por qué las espaldas
Han de quedar cubiertas
Con infinitas gracias?
Pídeme lo que quieras
Si la pintura sacas,
Haciendo que de Apolo
El mi Batylo salga:
Y luego de Batylo
Con ligera mudanza



Forjarás un Apolo
Cuando á Samos te vayas.»

---

«Dulce y hermoso jóven,
En pos de tí me llevas,
Y el amoroso encanto
De tu mirada tierna
Me vence, ay mí! me vence
Con amorosa fuerza,
Cual los divinos ojos
De una hermosa doncella:
Te llamo dulcemente,
Mis namoradas quejas
De tí son despreciadas,
Si á tus oidos llegan:
Cruel, de mí no cuidas,
Ni sabes que las riendas
Con poderoso imperio,
Del alma mia llevas.»

No pueden decirse mas ternezas á una muchacha bonita. Al leer estos versos se exalta de indignacion el ánimo, y el rostro se cubre de vergüenza. ¿Será este el idealismo que el Sr. Ramirez encuentra en la poesía erótica de los griegos? Dice este señor, al fin de su discurso, que los griegos *espiritualizaban á su modo*. ¿La poesía sodomítica seria *el* modo que tenian de espiritualizar?

Comprobaré el juicio que he formado de Anacreonte agregando que Platon le censuró de intemperancia en el beber, y de prostitucion en los amores.

Ya que en Anacreonte no encontramos el idealismo amoroso, todavía nos queda la esperanza de hallarle en Safo, atendiendo á su sexo y á la fama que goza de escritora apasionada. Horacio dijo de la célebre griega: «El fuego del amor arde todavía en sus versos,» y Yonés le aplicó la misma expresion de la autora.

«*Auro ipso magis aurea.*»

Admitiendo en Safo mas elevacion de sentimientos que en sus compatriotas, no por eso es posible encontrar en lo que nos queda de sus poesías mas que amor material. He aquí como ha juzgado á la poetisa el profundo sábio moderno que cité anteriormente: [1] «El amor de Safo no respira mas que la ébria ansiedad de los sentidos que ninguna muger púdica osaria confesar.» Y en otro lugar agrega: «Safo expresaba un amor no correspondido en versos admirables, pero que descubren el ardor violento de las pasiones mas de lo que el pudor consiente á una muger confesarle.»

Pues bien, si en el sublime Homero, en el dulce Anacreonte y en la apasionada Safo no encontramos el amor *ideal*, mucho ménos en Teócrito, cantor de pastores y vaqueros, cuyo lenguaje de naturalidad y sencillez degeneró en groseria y bajeza.

Veamos, desde luego, la manera con que hace expresar á una muchacha desdeñosa.

«Eunica me burló cuando queria
Dulcemente besarla, y denostando
Me dijo así: de mí te aparta, ¿siendo
Boyero, quieres, infeliz, besarme?

1 Cantu op. cit.



No aprendí yo á besar rústicamente,
Sino á tocar los lábios ciudadanos.
No pues besarás tú mi hermosa boca,
Ni aun en sueños. ¿Cuál miras? ¿cuál razonas?
¡Cómo juegas grosero, y con dulzura
Hablas, que voces dices tan suaves!
Qué blanda barba tienes! cuán hermoso
El cabello! ¡y los lábios son enfermos!
¡Negras las manos! ¡ó que mal hiedes!
Apártate de mí, no me mancilles.
Diciendo así, tres veces en su seno
Escupió, y de los piés á la cabeza
Me miró luego, y con torcidos ojos
Miraba, entre los lábios murmurando,
Vana por su hermosura, rotorcia
La boca con soberbia, y me mofaba.»

En el idilio segundo las quejas de la *Encantadora* son estas:

«Pespilta, trae aquel varon á casa.
Mira, ya calla el mar, callan los vientos,
Mas no calla el dolor del pecho mio
Pues en amor de aquel toda me abraso,
Que á mí cuitada de muger, infame
Hizo, y que ya *no sea mas doncella.*

He aquí como pinta Teócrito mas adelante el amor de Pespilta:

«..... Así dijo. Yo mezquina,
Y simple, y fácil le creí al instante,
Tomélo de la mano, y al suave
Lecho inclinéle, y luego se encendia

Mi cuerpo con el suyo, y las mejillas
Muy mas que antes ardientes se pusieron,
Y nos acariciamos dulcemente
Y por no molestarte, amada luna,
*Hízose, pues, lo mas, y ambos llegamos*
*Al fin de los deseos*.....»

En el idilio 20 veamos cuales eran los temores de la doncella á quien enamoraba Dafnis, cuales las condiciones y preludios del casamiento, cual la manera de quererse.

DONCELLA.

Muchos me quieren, pero no me agradan

DAFNIS.

Tambien soy de los muchos que te anhelan.

DONCELLA.

Pues, amigo, ¿qué haré? casar es malo.

DAFNIS.

¿Cómo malo el casar? la boda es fiesta.

DONCELLA.

Sí, pero las mugeres siempre temen.

DAFNIS.

¿Qué temen las mugeres? antes mandan.

DONCELLA.

Temo el parto, parir es dura cosa.

DAFNIS.

Pero á bien que Diana es tu abogada.



DONCELLA.

Y luego mi hermosura..... temo al parto.

DAFNIS.

Pero verás despues tus dulces hijos.

DONCELLA.

¿Qué dote me darás si conviniere?

DAFNIS.

Todo el rebaño, el pasto, y todo el bosque.

DONCELLA.

Pues júralo, no quede yo burlada.

DAFNIS.

No, por Pan, aunque quieras desecharme.

DONCELLA.

Un tálamo me harás, casa y establos.

DAFNIS.

Te los haré: ya ves buenas manadas.

DONCELLA.

¡Ay! ¿qué, que le diré á mi viejo padre?

DAFNIS.

Lo aprobará en oyendo el nombre mio.

DONCELLA.

Dime tu nombre; porque el nombre agrada.

DAFNIS.

Dafnis, el hijo de Lycida y Nomea.

DONCELLA.

De buenos eres, pero no te cedo.

DAFNIS.

No, tú muy noble de Menalcas hija.

DONCELLA.

Enséñame tu bosque y tu cabaña.

DAFNIS.

Ven, mira florecidos mis cipreses.

DONCELLA.

Paced mis cabras, voy con el boyero.

DAFNIS.

Toros, paced, mientras la enseño el bosque.

DONCELLA.

¿Qué haces, lascivo, llegas á los pechos?

DAFNIS.

Quiero ántes ver tus pomas florecientes.

DONCELLA.

¡Ay! yo tiemblo por Pan, ea..... la mano.

DAFNIS.

¿Qué temes, bella mia? nada temas.

DONCELLA.

Echasme al lodo, y manchas mi vestido.

DAFNIS.

Puse debajo pieles muy suaves.



DONCELLA.

¡Ay! ¡ay! la banda, ¿dí, qué la desatas?

DAFNIS.

Esta primera ofrenda á Vénus hago.

DONCELLA.

¡Ay! espera, que vienen, suena ruido.

DAFNIS.

Los cipreses que cantan á tus bodas.

DONCELLA.

Rompiste ya la banda, estoy desnuda.

DAFNIS.

Otra te daré yo muy mas preciada.

DONCELLA.

Dices me darás todo, y luego acaso.....

DAFNIS.

¡Ay! si pudiera darte toda el alma!

DONCELLA.

Diana, no te irrites, ya he faltado.

DAFNIS.

A Vénus y al amor daré sus dones.

DONCELLA.

Vine doncella y voy mujer á casa.

DAFNIS.

Aun mas, mujer y madre, y no doncella.

Ellos así, con sus floridos miembros
Se deleitaban con hablar suave,
Se alzó el furtivo lecho, y la pastora
Se fué á pacer sus cabras, y llevaba
Los ojos vergonzosos; mas adentro
Su corazon de gozo le bullia:
Dafnis contento se tornó á sus toros."

Para no cansarnos, solo añadiré que Teócrito, así como Anacreonte, cultivó la poesía sodomítica, y en sus versos se ve contínuamente que le gustaban tanto los hombres como las mujeres. No quiero ya copiar nada de ese género de poesía, porque mi pluma se resiste á hacerlo. Empero recordaré que el Sr. Ramirez no teme calificar á Teócrito, diciendo: "que nunca la galantería tuvo un intérprete mas puro."

Siendo la verdad que tampoco en el poeta de la vida campestre se encuentra, entre los griegos, el amor del alma, ya no nos queda donde buscarle mas que en el teatro, pues acaso allí se encuentre refugiado entre bastidores. Consultemos, pues, á Esquilo, Sófocles y Eurípides, por una parte, y á Aristófanes por otra.

Esquilo hace figurar muy poco las mugeres en sus piezas, y cuando las presenta es casi siempre para injuriarlas ó para expresar pasiones atroces; nunca el amor tierno, ni la elevacion de afectos. Clitemnestra y Casandra son dos caracteres femeninos que pueden servir de ejemplo en Esquilo, y que la Harpe ha juzgado acertadamente de esta manera: [1] «Il est vrai que les prophéties de Cassandre sont belles; mais des prophéties sont un beau détail, et ne sont point un caractère. Quant á celui de Clytemnestre, il me semble qu'

1 Cours de literature.



on n' y peut rien tolérer: elle est d' une atrocité qui révolte. Un grand crime n' est theatral qu' avec une grande passion ou de grands remords. Si Clytemnestre était forcenée de jalousie comme Hermione, ou d'ambition comme Cléopâtre, pourrais concevoir son crime; mais elle n'est ni amoureuse, ni jalouse, ni ambitieuse. Seulement elle veut tuer son mari et le tue. Voila la piece. Elle se contente de dire qu' Agamemnon a mérité la mort en faisant immoler sa fille: elle le répète trois ou quatre fois. Du reste, il ne sort pas de cette âme, que l'idée d' un semblable forfait devait au moins troubler, un seul mot de passion, un cri de fureur, un accent de violence. Il n' y á point d' exemple d'une scélératesse si tranquille, et par conséquent si froide. Elle attend son époux pour l'egorger sans être combattue un moment, et quand elle l'a assassiné, elle sort de son palais pour s'en vanter devant tout le peuple avec une insolenee ausi calme qu' inconcevable.»

En cuanto al modo con que Esquilo trata á las mujeres, bastará recordar dos pasajes. En «los 7 delante de Tebas» dice Eteocles, hablando del bello sexo: «¡Oh raza aborrecida de los sábios! ojalá que ni en la prosperidad ni en la desgracia habite contigo!»

En las *Euménides* quita Apolo á las mujeres su título mas natural de respeto y amor diciendo: «La madre no es creadora del que llaman hijo suyo, sino nutriz del gérmen vertido en su seno; el padre le crea, la mujer recibe el fruto, y si á los dioses place le conserva.»

*Agamenon* es la tragedia de Esquilo donde resalta el afecto mas de lo que es costumbre en sus piezas, y sin embargo, nótase en el trozo siguiente mas bien el apetito que la pasion: se trata de un marido que *desea* la fugitiva esposa; se asien-